

LIBROS

46

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2018

Emilio La Parra

• FERNANDO VII. UN REY DESEADO Y DETESTADO

Yves Bonnefoy

• LA BUFANDA ROJA

Laurence Debray

• HIJA DE REVOLUCIONARIOS

Ignacio Peyró

• COMIMOS Y BEBIMOS

Emiliano Monge

• NO CONTAR TODO



HISTORIA

¡Carajo!



Emilio La Parra
FERNANDO VII. UN REY DESEADO Y DETESTADO
Barcelona, Tusquets Editores, 2018, 745 pp.

JORDI CANAL

Fernando VII es considerado uno de los peores personajes de la historia de España. Los estudiosos que se han ocupado, ya desde el mismo siglo XIX, del monarca y de su reinado presentan asimismo, con escasísimas excepciones, una visión muy negativa. No obstante, este monarca fue el gran deseado, “El Deseado”, a lo largo de la Guerra de la Independencia, y conservó una alta popularidad hasta casi el final de su reinado—excepto, evidentemente, entre los sectores liberales y ultras—. ¿Cómo y por qué razones pasó del estatuto de deseado al de profundamente detestado? Fernando VII

fue, en su tiempo, un rey imaginado, sostiene el historiador Emilio La Parra en el excelente estudio que ha dedicado al personaje: *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*. El libro obtuvo el xxx Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias en enero de 2018. El autor, catedrático en la Universidad de Alicante, es un reconocido especialista en la historia del final del Antiguo Régimen en España. Destacan, entre las publicaciones que ha dedicado a este periodo, *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España* (Editorial Síntesis, 2007) y, sobre todo, la interesante biografía titulada *Manuel Godoy. La aventura del poder* (Tusquets, 2002).

Emilio La Parra ha elaborado una obra exhaustiva y documentadísima: una gran cantidad de notas a pie de página, una impresionante bibliografía y múltiples referencias documentales acompañan la plasmación escrita de una labor de muchos años. Entre los archivos y bibliotecas consultados merecen especial atención el Archivo General de Palacio y el Archivo Histórico Nacional, así como la Biblioteca Nacional y la Real Biblioteca, en España, y los archivos nacionales y diplomáticos franceses. Esto último resulta harto lógico, pues la de Fernando VII resultó ser una época muy francesa: de Trafalgar a la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis pasando, en especial, por la Guerra de la Independencia, la ocupación napoleónica y el reinado de José I. Con respecto a las biografías anteriores del rey deseado y detestado, la visión que nos ofrece La Parra es más precisa, más matizada, más fina y mucho menos prejuiciada.

De Fernando VII decía Napoleón, en 1808, en unas cartas a Talleyrand, que era “indiferente a todo, muy material, come cuatro veces al día y no tiene idea de nada”,

además de muy estúpido, mezquino e hipócrita. Resulta evidente que la actitud del monarca español, silencioso, aturdido y afecto al disimulo, sacó de sus casillas al emperador de los franceses en su encuentro en Bayona. Era terco y desconfiado, cobarde y vengativo, pero de ninguna manera tonto o bobo, sostiene con acierto La Parra. Muchos contemporáneos insistieron en la ordinarietà del personaje, una de cuyas exclamaciones preferidas, indistintamente ante ministros, oficiales del Ejército o la gente más diversa —una cierta vulgaridad y campechanía, junto con los paseos y afición a teatros y toros, le aproximaba y generaba popularidad entre sus súbditos—, era “¡Carajo!”. El control personal del poder caracterizó todo su reinado. Merece la pena tener en cuenta la opinión de su tercera esposa, María Josefa Amalia de Sajonia: “Tiene un buen fondo de religiosidad y no carece de prendas morales. En fin, es excelente como hombre particular; como jefe no creo que sabe [sic] conducirse ni para su provecho, ni para el de sus súbditos. ¡Ay de mí, cuánto siento conocerlo! Unas veces carece de astucia, otras de constancia y energía, pero nunca de honradez.” Esta es, de hecho, la cita escogida por Emilio La Parra para abrir el libro.

Fernando VII (1784-1833), príncipe de Asturias desde 1789, recibió una educación medianamente buena y fue muy aficionado a los libros, poseyendo una notable biblioteca —aunque, en verdad, parece que lo que más le apasionaba eran las encuadernaciones y cortar los pliegos en los volúmenes intonso—. El autor de esta real biografía la divide en tres partes. En la primera, entre 1784 y 1808, nos acerca a su infancia y juventud, así como al primer matrimonio, en 1802, con la napolitana María Antonia de Borbón, un

enlace propiciado por razones de interés político y dinástico y marcado por una retardada consumación. Las difíciles relaciones del príncipe con sus progenitores, Carlos IV y María Luisa, y con Manuel Godoy están impecablemente presentadas. Las páginas dedicadas a la activa participación de Fernando en la campaña de agitación contra Godoy y su madre, en especial los versos e imágenes procaces dedicados a sus particulares tratos —el famoso “ajipedobes”, que debía leerse al revés—, revisten un especial interés. El episodio recuerda, en muchos puntos, lo acaecido años antes en Francia y la empresa denigratoria contra María Antonieta, orquestada por algunos miembros de la propia familia real. La trama fallida del Escorial y la conspiración y el motín de Aranjuez, en 1808, cierran el bloque inicial.

La segunda parte de la obra está dedicada a los años de la Guerra de la Independencia (1808-1814), desde la abdicación de Carlos IV en Fernando VII, forzado por el golpe de Estado que se consumó en Aranjuez, hasta el retorno de este último a España en 1814. Tras los tumultos de marzo de 1808 y conectora de la implicación de su retorno, la reina María Luisa de Parma lo calificaba de la manera siguiente, en correspondencia con Murat: “Mi hijo es de muy mal corazón, su carácter es sanguinario.” La sumisión de un egoísta y desconfiado Fernando VII a Napoleón fue total. Sobrepasó en varias ocasiones, en opinión de La Parra, la línea del decoro exigido a su condición. En España, sin embargo, el blanqueamiento de sus actos iba a funcionar bien. Regresó a su país en 1814, aunque fue retrasando su entrada en la capital, en donde se encontraban las altas instancias constitucionales y cuya población había vivido en los últimos años un intenso

proceso de politización. El apoyo del Ejército y la actitud benevolente de Wellington y las autoridades británicas, junto con una opinión pública favorable, decidieron al monarca y a los suyos a dar el último paso. El entusiasmo de los españoles por el retorno del mitificado “Deseado” respondía, por encima de todo, a su identificación con el término de la presencia francesa y la paz.

1814 significó, no obstante, algunas cosas más. Entre ellas, la restauración del absolutismo y una dura represión contra el liberalismo y los afrancesados. La tercera parte de *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, que es la más extensa, trata del periodo que entonces se abría y que concluyó con la muerte del rey, en 1833. Aunque la vuelta atrás fuera en buena medida deseada, no era posible. Ni el sistema político coincidía exactamente con el del Antiguo Régimen que se estaba empezando a dejar atrás, ni Fernando VII fue rey absoluto a la manera de sus antepasados. Se propuso, tanto en 1814 como en 1823, ejercer el poder sin limitación. La Parra traza buenos retratos de ministros y miembros de la camarilla. En 1820, a pesar de prometer que marcharía por la senda constitucional, Fernando VII conspiró desde el primer momento contra la propia Constitución, aprovechando astutamente las divisiones en el seno del liberalismo hispánico. A partir de 1823-1824 puso en marcha un verdadero Estado represor. La inevitable apuesta reformista y la malquerencia de los ultras marcaron la segunda mitad de la década de los años veinte. En el tramo posterior de su reinado, Fernando VII, cuya salud había empeorado muchísimo, estuvo guiado sobre todo por el empeño en conseguir que le sucediera en el trono su hija Isabel, nacida en 1830.

No estamos ante una clásica biografía de un rey y su tiempo, sino de un rey en su tiempo, que no es otro que el de la crisis del Antiguo Régimen, el fin del viejo imperio español y el surgimiento de una nueva nación. El encaje entre nación y monarquía constituye el telón de fondo de aquella compleja y cambiante época. Para mantener el control personal del poder el monarca no dudó en moverse de un campo a otro y apoyarse en sectores ideológicos distintos—e incluso enfrentados—. El caso de los sectores ultras, vilipendiados en el último tramo del reinado, es suficientemente significativo. Sorprende muy gratamente el tratamiento de las mujeres de Fernando VII, que es serio y sensible, lo que afortunadamente lo aleja de otros historiadores anteriores que se han referido a ellas con claros toques de misoginia y vulgaridad. Fernando VII contrajo, en total, cuatro matrimonios a lo largo de su vida. Tras la ya citada María Antonia de Borbón, fueron sus esposas la portuguesa María Isabel—el enlace se produjo al mismo tiempo que el de su por aquel entonces muy querido y piadoso hermano Carlos con una hermana de la novia, María Francisca, hijas ambas de la reina Carlota Joaquina—, María Josefa Amalia de Sajonia y la napolitana María Cristina, que le dio dos hijas. El caso de María Josefa Amalia



de Sajonia es especialmente interesante. El autor consigue desmontar todos los tópicos que se construyeron, ya en la época, sobre ella. En definitiva, *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, de Emilio La Parra, es una obra extraordinaria. —

JORDI CANAL (Olot [Gerona], 1964), es historiador. Profesor en la EHESS (París). Su último libro publicado es *Con permiso de Kafka. El proceso independentista en Cataluña* (Península, 2018).



POESÍA

El espíritu de la infancia



Yves Bonnefoy
LA BUFANDA ROJA
Traducción
de Ernesto Kavi
Madrid, Sexto Piso,
2018, 180 pp.

JUAN MARQUÉS

Yves Bonnefoy (Tours, 1923-París, 2016) ha sido, entre los grandes poetas recientes, aquel que tenía un aire más clásico, un aliento más antiguo, aquel que, sin desdeñar en absoluto los recursos y las conquistas literarias de lo contemporáneo, parecía conectar de un modo más perceptible, pero a la vez de una forma enigmática, con la gran poesía anterior, tanto con la de ese surrealismo que le fascinó y atrapó en la juventud, como con la del Romanticismo (por su majestuosidad bien encauzada, por su sentido de la grandeza...), y aún podríamos remontarnos a lo medieval o, más nítidamente en su caso, a lo romano y lo griego (y no en vano Bonnefoy fue el autor de un celebrado *Diccionario de mitología*). La relación de la gran poesía moderna

con lo mitológico ha estado, como todo, teñida y en parte distorsionada por la ironía, que ha sido (y continúa siendo) algo parecido a una religión entre nosotros, algo que para los más jóvenes se ha convertido al cabo en una ideología, y en ello hay algo claramente descarnado, desesperado, un mal síntoma. Pero el francés, también en sus versos, se ha acercado a los mitos con un respeto que a veces se ha querido confundir con pedantería, o con afectación, y que no fue sino la voluntad muy consciente de extraer de las palabras y de los símbolos toda su potencia posible, pues, como explica en *La bufanda roja*, “siempre amé en las palabras el anuncio que parecen hacer de un nivel más alto de realidad que no posee su práctica común”.

Bonnefoy, siendo a su modo un poeta muy actual en cuanto a su perspectiva literaria, ha evitado por sistema la ironía, ese atajo tan resultón y poco comprometido, evitando que esa suerte de humor escarmantado y receloso restara a sus palabras solemnidad (en el buen sentido del término), o renunciando a aparentar una inteligencia sorprendentemente aguda a través del sarcasmo (tentación a la que, con resultados brillantes, sí ha sucumbido buena parte del resto de los grandes poetas de las últimas décadas: Szymborska, Strand, Simic, Cadenas o, en mucho menor medida, Zagajewski). Su poesía viene siempre como ungienda con un barniz sagrado, de raíces ambiciosas y profundas, y eso ha podido ahuyentar a algunos lectores, pero a la vez ha complacido y convencido a quienes simplemente buscamos verdad en todas sus formas, y queremos prestar atención a gentes especialmente inspiradas y talentosas a la hora de decir las cosas que—ellos sí—han descubierto en el silencio y quieren sacar

a la luz. Cuando se le entiende, Bonnefoy es siempre deslumbrante (como en su poema “Hopkins Forest”, en *Principio y final de la nieve*), y cuando no hay forma de saber qué está diciendo es igualmente estimulante, y es claramente distinguible de los poetas menos considerables (pero casi siempre más iluminados y vanidosos) de esa estirpe órfica, de esa poesía neomística supuestamente indagadora.

Hace unos años Sexto Piso publicó la primera edición en castellano de *El territorio interior*, un texto de 1971 tan bello como misterioso que, como sucede invariablemente con los textos en prosa de los poetas, ofrecía sin proponérselo muchas claves sobre sus versos. En su posfacio Bonnefoy se preguntaba si “¿acaso no es verdad que en cada uno de nosotros existe –aunque conscientemente lo reprimamos– el deseo de otorgar sentido, y aun de conferir el ser, al lugar donde vivimos, y a las personas con quienes lo compartimos?”. Ahora la misma editorial mexicano-madrileña ha editado *La bufanda roja*, otro texto misceláneo y muy personal en el que, ante todo, Bonnefoy se detiene a tratar de otorgar sentido a algo que él escribió hace décadas de un modo, al parecer, casi automático. El libro es una especie de *antimaking of*, algo así como un “Cómo no se escribió *La bufanda roja*”, pues este era en principio el título de aquel poema, que quedó inacabado tras la redacción espontánea de tres breves tiradas de versos (que, por supuesto, se reproducen en las primeras páginas). A partir de ahí, Bonnefoy asiste a su propio texto como si se tratase de un sueño, algo completamente inconsciente, y lo disecciona con armas psicoanalíticas, explícitamente freudianas a ratos, tratando de diseccionar su sentido profundo, que previsiblemente

tiene que ver con sus padres, con pequeñas culpas sepultadas por el tiempo, por cuentas pendientes, faltas, tristezas domésticas de gentes que no consiguieron explicarse bien, y que dan pie al poeta para construir reflexiones demoledoras en su belleza: “no tenía necesidad –no una verdadera necesidad– de mi padre, y no le pedía esa especie de atención que habría podido hacerle bien. [...] Porque esa petición de jugar da al hombre cansado y preocupado la oportunidad de rejuvenecer, de hallar en lo profundo de sí aquello que dormía, pero seguía en vida, la capacidad de acoger la confiada alegría del otro. Esa acogida que es la disipación del malestar, una luz penetrando todo en la relación consigo mismo, vuelta interioridad”.

El propósito secreto del libro es ese, y al final, a través de lo que él mismo llama “pseudorrecuerdos”, el poeta consigue transmitir algo del “espíritu de la infancia”, entendida de una forma general pero con especial hondura psicológica, con menos anécdotas que meditación. Menos irregular o incluso errático que Pascal Quignard, menos espiritual que Christian Bobin, Yves Bonnefoy es, en su prosa, sagaz como nadie y obsesivo ante los fenómenos que juzga significativos. A veces nos puede parecer que otorga demasiada importancia a detalles marginales, o puede llegar a aburrir cuando los fenómenos que estudia son demasiado privados, demasiado suyos, poco transferibles y por tanto irrelevantes para nosotros, pero estamos ante alguien que sabe de verdad –no de boquilla– que “el silencio es el recurso de aquellos que reconocen, aunque solo sea inconscientemente, una nobleza en el lenguaje”. Es en sus versos donde ese descubrimiento se hace destellante, pero aquí tenemos un hermoso

manual de instrucciones para descifrarlos mejor. —

JUAN MARQUÉS es poeta y crítico. En 2016 publicó el poemario *Blanco roto* (Pre-Textos).



MEMORIAS

Carta al padre



Laurence Debray
HIJA DE
REVOLUCIONARIOS
Barcelona, Anagrama,
2018, 224 pp.

RODRIGO BLANCO CALDERÓN

Laurence Debray es una escritora francesa con un recorrido atípico en la república de las letras. Después de haber obtenido una maestría en historia en la Sorbona, con una tesis sobre el rey Juan Carlos I y su papel en la Transición española, viajó a Inglaterra para estudiar en la London School of Economics, lo que le serviría para desempeñarse durante diez años como analista financiera, tanto en Estados Unidos como en Francia.

Se trata de un currículo atípico en el seno de su propia familia, pues Laurence Debray es la hija de Elizabeth Burgos, escritora venezolana, autora del clásico testimonial *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, y de Régis Debray, el autor del manual de guerrillas *¿Revolución en la revolución?* y compañero de armas del Che Guevara en la fatídica experiencia en Bolivia. Régis Debray se haría mundialmente famoso por causa del proceso judicial que lo mantuvo preso en el Chaco boliviano entre 1967 y 1970.

La historia de Debray y Burgos puede que resuma como la de

ninguna otra pareja las relaciones entre Francia y América Latina en la segunda mitad del siglo xx. Dos hechos harán de parteaguas de los distintos derroteros intelectuales y políticos que asumirán sus vidas en las décadas siguientes: la fidelidad o el distanciamiento con respecto a la Revolución cubana, y el nacimiento de la única hija de la pareja, en 1976. En esta encrucijada se sitúa este magnífico libro de tempranas memorias.

Sobre su propia llegada al mundo, dice la autora: “Yo llegaré tres años después de la muerte de Allende, como el remanente de una historia épica, saldada por los muertos y los grandes momentos de esperanza, de fraternidad y de desilusión. Yo era como un regalo de despedida a la revolución. Y un regalo de bienvenida a Francia.” Esta transición mostraría de inmediato su costado problemático, que será vivido por Debray como la conflictiva imposibilidad de tener una vida normal y en común junto a sus padres: “No tengo ningún recuerdo de mis padres haciendo juntos alguna cosa por mí o para mí.”

Además de las heridas de la infancia, están las lagunas de la conciencia. Por ello, desde su primera página, este libro se estructura también como un relato policiaco de la memoria. Pues hasta un momento avanzado de su vida, la hija de revolucionarios no sabrá que es una hija de revolucionarios. Hay un gran silencio que cubre la etapa anterior a su nacimiento y que se resume en el punto álgido del *affaire* Debray: ¿fue su padre el delator del Che Guevara? Laurence responde a esta y a otras preguntas indagando en periódicos, archivos y testimonios de la época, en un esfuerzo por levantar

el tupido velo que sus padres han corrido sobre el pasado inmediato. Así, de esa fuente hermética manarán las contradicciones que explican su propia vida: la para nada convencional relación entre sus padres, un entorno social exótico en comparación con el de sus compañeros de clases y, sobre todo, las particularidades de la educación recibida. Por ejemplo, cuando a los diez años de edad Laurence es colocada por su padre en la disyuntiva de elegir de qué lado de la trincheras ideológica quiere estar. Para ello, la envían un mes a Cuba durante el verano de 1986, a entrenarse en los famosos “campamentos de pioneros”, donde a los niños se les enseñaba, además de las bondades doctrinarias del marxismo-leninismo, a disparar armas de fuego. El periplo cubano será completado de forma inmediata con una estadía de un mes en un típico campamento juvenil en los Estados Unidos, con fogatas, malvaviscos y cánticos nocturnos.

Sin caer en la encrucijada que le propone su padre, Laurence no elige ni el confort idiotizante del imperialismo estadounidense ni la solidaridad calamitosa del socialismo cubano. Ella decide convertirse en lo que para ese entonces ya es con plena conciencia: una europea. Esta rebeldía de la sensatez es quizás el rasgo más atrayente de la personalidad de Debray, quien irá perfilando su visión del mundo a contracorriente de la de sus padres. Sin embargo, estos no solo no le impondrán horarios de llegada nocturnos ni restricciones de ningún tipo, sino que incluso le darán la libertad de ampararse bajo otras figuras maternas y paternas. Algunas provendrán del selecto grupo de amigos de Elizabeth Burgos y Régis Debray,

entre quienes estaban la actriz Simone Signoret y el pintor chileno Roberto Matta, en calidad de madrina y padrino, respectivamente, así como Julio Cortázar, quien solía sentarla en sus piernas cuando era una chiquilla, o Jane Fonda, quien le regalará su primer peluche.

A lo largo del libro, el antagonismo entre Laurence y Régis se hará más pronunciado. Las memorias familiares se irán decantando hasta asumir la forma de una “carta al padre”. Este enfrentamiento se canalizará través de una fascinación que al principio luce caprichosa: la que siente Laurence por la figura del rey Juan Carlos I de España. Producto de un viaje a la península ibérica en 1981, en plena efervescencia de la Transición española, Laurence hará del rey español una estrella pop cuyo afiche adornará una pared de su cuarto. Afiche que su padre intentará, infructuosamente, sustituir por uno de François Mitterrand.

Esta distancia se mantendrá y por momentos se acentuará con los años. “La escritura se convertirá en nuestro medio de comunicación”, dice Laurence, “él publicó *La República explicada a mi hija* y yo repliqué dos años después con *La forja de un Rey*, mi primer libro publicado en español”. Se refiere a su tesis de la maestría de historia de la Sorbona en torno al rey Juan Carlos I. Esta tesis, publicada en 2000, fue el antecedente de su biografía *Juan Carlos de España*, de 2013. A la biografía siguió un documental donde Debray pudo entrevistar al rey emérito (Televisión Española censuró la película, aunque figurara como parte de la producción).

Este interés sostenido hacia la figura del rey Juan Carlos I por parte de Laurence Debray

es elocuente, pues, ¿no fue ella misma quien, dentro su historia familiar, con su nacimiento provocó la transición entre la guerrilla y París? Con la madurez, la “carta al padre” se convierte en un aguerrido texto político, lo cual explica los tres premios que el libro ha obtenido hasta ahora: el Prix du livre politique, el Prix des députés y el Prix étudiant du livre politique France Culture. Reconocimientos que, junto a los más de quince mil ejemplares vendidos en su país, pueden ser el signo alentador de un pequeño cambio. Pues Laurence, en su choque con Régis, libra una batalla intelectual contra toda una especie que todavía abunda en Francia: la del intelectual revolucionario de café. Ese que tan bien supo caracterizar Curzio Malaparte en su *Diario de un extranjero en París*, cuando veía a Jean-Paul Sartre forjar su leyenda en los restaurantes del bulevar Saint-Germain. “Para mi padre”, dice Laurence Debray, “América Latina constituye una aventura pasajera que le valió la fama; para mí, es una realidad que corre por mis venas”. Reivindicación de la herencia materna pero también de una genuina pasión irrigada con sus propias emociones, creencias y experiencias.

Por ello, cobra aún más valor la denuncia final que hace Laurence Debray de la naturaleza autoritaria de la Revolución cubana y su dramática encarnación actual en Venezuela, así como del papel que la izquierda exquisita europea ha tenido en la legitimación de esos regímenes: “Venezuela no es un lugar de experimentación política para entretener a la izquierda francesa, cómodamente instalada en los mejores restaurantes parisinos, mientras allá no se consigue papel toilette o medicinas. Venezuela no

es una teoría, es una vivencia y un sufrimiento.”

Vivencias y sufrimientos que Laurence Debray ha reconstruido para nosotros con esa valentía e impiedad que, como ya lo advertía el epígrafe de Molière que abre el libro, solo inspira el amor más puro. —

RODRIGO BLANCO CALDERÓN es escritor. Este año Páginas de Espuma publicó su libro de cuentos *Los terneros*.



ENSAYO

Una educación sentimental



Ignacio Peyró
COMIMOS Y BEBIMOS
Barcelona, Libros del Asteroide, 2018,
264 pp.

MARTA VALDIVIESO

En *Comimos y bebimos*, Ignacio Peyró (Madrid, 1980) se declara hijo de la UCD y del primer Felipe González. Lo es, pues, de la España de principios de los ochenta, que ya “había borrado la memoria del hambre para enfrentarnos a problemas propios de las sociedades de la abundancia”, y donde el interés por la gastronomía era creciente. Los periódicos dedicaban más espacio que nunca a la cocina: Xabier Domingo publicaba sus artículos en *Cambio 16* y *Diario 16*, Luis Betónica en *La Vanguardia* y Víctor de la Serna en *El País*; además, seguían escribiendo sobre gastronomía los ya clásicos Néstor Luján o Álvaro Cunqueiro, y Manuel Vázquez Montalbán lograba que incluso la izquierda aspirara a comer bien. También entonces

empezó a surgir un aficionado a la cocina que no encajaba en la categoría de gourmet, encarnada hasta ese momento por un hombre, no demasiado joven, de ingresos más bien altos y cierta posición social; en esos años, en el Reino Unido de los clubs y los restaurantes “antiguo régimen” que años después visitará Peyró, se popularizó la palabra *foodie*.

Pasó aún bastante tiempo antes de que en España hubiera *foodies*, y la figura del amante de la cocina continuó siendo el gastrónomo. Y un gastrónomo es Peyró —periodista, escritor, redactor de discursos para políticos y hoy director del Instituto Cervantes en Londres—, que se define como “un tradicionalista curioso o un conservador abierto”.

Se muestra un tanto ajeno a las modas, pues recoge la tradición de la escritura gastronómica de los autores citados antes —además de, entre otros, Juan Perucho, Josep Pla, Julio Camba o A. J. Liebling— y la reivindica en este libro, en la medida en que encarna “una estética del gusto y una belleza de vivir que va mucho más allá de la crudeza del comer”.

Así, *Comimos y bebimos* (y, se podría añadir, *fumamos*, puesto que el tabaco tiene aquí su importancia) no se parece a los libros sobre cocina que se publican en la actualidad. Por supuesto, no contiene recetas, mucho menos dietas —“quizá hoy cueste pensarlo, pero hubo un tiempo en que el sentido de la vida no era estar delgado”, escribe Peyró—, aunque lo atraviesa una ágil erudición que nos lleva de Crisóstomo a Montaigne y de Apicio a M. K. Fisher o Foster Wallace, tampoco es un libro sobre su historia o literatura.

En realidad, los temas principales de *Comimos y bebimos* son el

tiempo y la vida, las pasiones que la recorren y la belleza. También la nostalgia, que es a veces irónica y provocativa, como cuando habla del desayuno: “¡Como va ser la comida más importante del día la única que no incluye vino!”; o de los puros, que eran “una de las formas de lo sublime y algo hemos perdido en el camino”. En otras ocasiones cae en un cierto esteticismo, quizá porque determinadas imágenes, como las barras donde las rubias pestañean o las bebidas atribuidas a chicos y chicas, remiten a un mundo eminentemente masculino y antiguo que, más allá de la estética, es difícil añorar. Su lenguaje, sin embargo, es elegante y no cae en los anacronismos tan habituales en los escritos sobre las cosas de comer. Aquí, por suerte, los vinos no son caldos, la cocineras no son guisanderas y nadie llama a España “piel de toro”.

Es el tiempo el que estructura el libro. A lo largo de los meses de un año, las naranjas de Reyes, los huevos de gaviota en la primavera inglesa, las gaseosas veraniegas del desarrollismo o la becada, que es “el rito del otoño como la llegada del vino nuevo [...] un rito que mide el paso de los años”, dan paso a las estaciones. Por ellas discurren las pasiones, como la del vino, que lleva al amor, la civilización en forma de queso, la literatura y la memoria de lugares desaparecidos como el Príncipe de Viana o el Balmoral. Se rememoran la juventud y los primeros amores: el recuerdo del primer bar, con quince años, que “sugería secretos, peligros, adulterios, las insinuaciones de una vida adulta, con hombres con traje y mujeres que fuman”; los viajes a Toledo como “hito necesario en los usos amorosos del madrileño medio”, donde no se concibe

“ayuntamiento carnal sin haber pasado por una perdiz a la toledana”; el descubrimiento de París a los veinte años, mientras se agota una cava de vinos españoles, y el regreso con una novia, años después, a cenar a Lipp. Dice Peyró en la introducción del libro que ahora, cerca de los cuarenta, es el momento de enterrar esa parte de su educación sentimental.

En la vida, sin embargo, nos seguirán acompañando las digestiones, cuando a partir de la mediana edad aprendemos que “el primer mandamiento de la cocina es caer bien al estómago”, la amenaza de las dietas y el inevitable paso del tiempo. El tiempo que permite las diferencias de carácter entre el Burdeos y el Borgoña define la escala temporal del cognac, más larga que la duración de una vida humana, y nos enseña, a través del vino, que “para las mejores cosas de la vida a veces hay que esperar”.

Y permanece el restaurante Cuenllas, que cierra el libro, en diciembre. El restaurante favorito evoca la felicidad y despierta la nostalgia, donde no hay modas y el comedor no cambia desde hace treinta años. Allí se mantienen las costumbres, las cosas se llaman por su nombre y es “como un Dow Jones que nos indicará [...] cuándo es el momento de la alcachofa o el bonito del norte”. No es barato, pero sus orígenes como mantequería le aportan la dignidad de la antigua burguesía comercial. Y, no menos importante, en materia de vinos todo es posible allí. Es el lugar donde uno se imagina que el gastrónomo Peyró pasaría el resto de la vida. —

MARTA VALDIVIESO es arquitecta y escritora. Ha colaborado en *Tapas y El Español*.

NOVELA

Escribir autoficción para irse de uno mismo



Emiliano Monge
NO CONTAR TODO
Ciudad de México,
Literatura Random
House, 2018, 392 pp.

PAULETTE JONGUITUD

Al entrar a los libros de Emiliano Monge suelo prepararme como quien arma la mochila en caso de eventualidad sísmica: sé que el camino será duro, que tendré miedo, mucha sed y que voy a necesitar cambiarme los zapatos cuando se me hayan gastado las suelas en la larga caminata cuesta arriba. Sé que voy a necesitar dos tequilas al primer tercio del texto para bajarme la emoción a sorbos, pero *No contar todo* no da oportunidad ni de organizar la mente y las bebidas. Uno no se sienta y lee el libro, uno se sube al destaralado carrito de una mina, se mete por el túnel: y se desploma. Lo único que uno ve es lo que Monge quiere mostrarnos con la lámpara que él lleva en el casco. Va sentado detrás de nosotros y vemos lo que alumbramos, a veces se coloca justo detrás de nuestra cabeza y no vemos más que nuestra silueta proyectada en las paredes de su historia; oímos lo que quiere que oigamos. El lector no lleva luz ni casco, solo tiene el vértigo y la propia historia que se va completando con la de tres hombres: el abuelo, Carlos Monge McKey, quien fingió su muerte y consiguió un cadáver para sustituir el propio; el padre, Carlos Monge Sánchez, quien discute con su hijo sobre la validez de la memoria; y el hijo, un Emiliano que,

acostado en el techo de su casa, espía a su padre mientras este llora y así, techo de por medio, lloran juntos.

La historia está contada en las voces de tres hombres que irremediablemente se hacen uno. El abuelo, Carlos Monge McKey, ha pasado la vida soñando con huir, con desaparecer en uno de los viajes que hace a California, con perderse en la boca de una mina, con salir a caminar y con ser otro, el que sea; de él leemos diarios en los cuales, por momentos, se mete el ritmo de la prosa tan característica de Monge, el nieto escritor. La segunda voz es la de Carlos Monge Sánchez, el padre que habla con su hijo y se defiende del libro que este aún no escribe, patalea y se desenvuelve como un personaje apasionante y contradictorio: hijo resentido, guerrillero burgués, prisionero en Lecumberri y padre ausente de tres hijos; la voz de Carlos Monge Sánchez no se lee, se escucha, y si algo hay que admirar en este hombre es su dominio sobre la poesía del insulto; nadie insulta como los Monge, aprendo y me quito el sombrero que no uso; uno termina riéndose a costa de la crueldad del encuentro lingüístico entre padre e hijo y dan ganas de golpearlos y de llevarlos a cenar a casa. La última voz es la de Emiliano, que habla de sí mismo en tercera persona como si el autor quisiera tomar distancia para desmembrarse como quien le quita las patas a una araña viva. Y en esto es despiadado. No cuenta todo, pero lo que cuenta arde. Nos presenta a un Emiliano enfermizo y obsesivo, un virtuoso del miedo y la mentira que se encierra en su departamento y se comunica con el exterior por una ventanita a la que, desde afuera, solo puede accederse trepado en un banco. El novelista en este libro es ese Monge que se comunica con nosotros a través de la ventana del

banquito. Y ahí seguimos, haciendo equilibrio para que no deje de hablarnos.

Muchos lectores llegarán a los libros de Monge por *No contar todo*, quizá porque en apariencia es su libro más sencillo. Tal vez lo sea en cuanto a estilo, en esta novela el autor está más interesado en probar la flexibilidad de la memoria que la del lenguaje. Sin embargo, quien crea que *No contar todo* es una novela fácil va a llevarse una sorpresa. Esta, a mi juicio, es su obra más compleja, en la que el lector se ríe y llora en media línea, hermanada con aquella *Morirse de memoria* en una suerte de crudeza personal, pero desarrollada a través de todos esos otros libros sin los cuales este no podría haber sido escrito. Hay en *No contar todo* la cadencia de *Las tierras arrasadas*, la masculinidad tóxica de *El cielo árido*, la ansiedad de *Morirse de memoria* y la precisión dramática de algunos relatos de *La superficie más honda*. Podría decir que es su mejor libro hasta el momento porque queda vibrando en la punta de los dedos varios días después de haber dejado de doblar las esquinas de sus páginas.

No faltará quien le pregunte a Monge qué de cierto hay en esta que se anuncia como una novela autobiográfica. Para encontrar una respuesta basta con leerla. Monge inicia el libro hablando de cómo se hizo una cicatriz que tiene en la frente y sobre

cómo ha vivido apropiándose de las historias de los otros. Los lectores encontramos en estos dos puntos una pista y Monge, hacia el final, nos susurra: no puedes creerme nada. Yo comparto con el autor muchos referentes. Fuimos a la misma escuela, bebimos en las mismas fiestas, tuvimos padres con historias similares y compartimos más de un amigo. Somos hermanos de miedos y de angustias y por ello, al comenzar el libro, temía detenerme a comparar mis recuerdos del país y de la época con la realidad presentada entre sus páginas, ejercicio que hubiese resultado idiota. Nada de eso es relevante en la lectura de este libro que es un universo propio. Ocurre en México y la trayectoria de estos hombres está trenzada con la del país, pero lo magistral es la forma en la que estos tres hilos de trama están trenzados en un hombre que es el mismo, ese que nos habla y nos dice: esta es la historia de una huida que se está siempre dando. ¿Qué hay de cierto en este libro? Que el autor es todos sus personajes para no ser él mismo, que los tres hombres se funden en un solo abandono, que se buscan en el juego de la gallina ciega y que, cuando se encuentran, se miran con rostros cubiertos por máscaras de cera. —

PAULETTE JONGUITUD es escritora. Su libro más reciente es *Algunas margaritas y sus fantasmas* (Caballo de Troya, 2017).



LETRAS LIBRES

La conversación ahora continúa en los móviles.

DISPONIBLE EN App Store

DISPONIBLE EN Google play